

Personas y libros

Escribe: MANUEL JOSE FORERO

Es sorprendente el parecido que tienen algunas cosas. Por ejemplo, las personas y los libros.

Hay libros finos como damas de corte y libros pesados como señores antiguos. Algunos ofrecen la obesidad de Enrique VIII y otros la delgadez austera de Don Quijote.

Algunos libros nos convidan por su aspecto exterior a conversar con ellos, del mismo modo que ciertas personas nos atraen con la franqueza de su simpatía. Y no faltan libros que rechazamos espontáneamente, como nos sucede cuando una persona impertinente u orgullosa se coloca delante de nosotros.

Algunos libros nos halagan por el primor de sus pastas y otros nos parecen insignificantes a causa de su sencilla presentación. A veces el interior corresponde a la parte externa, como sucede con algunos prójimos; pero en muchas la forma atractiva no corresponde a las cualidades internas.

La figura humilde de ciertos volúmenes nos hace creer que las cosas escritas dentro son de importancia pequeña y de interés escaso. Es evidente que muchas veces erramos en el juicio sobre nuestros semejantes, porque pretendemos juz-

gar de su inteligencia o de su sabiduría a través de una modestísima envoltura corporal. Y recibimos agradable sorpresa cuando nos hallamos con una hermosa fisonomía moral escondida o recatada bajo apariencias débiles o precarias.

Libros hay colmados de bondad a nuestros ojos y de hermosura a nuestro corazón. Mil veces se alegra nuestra alma al hojearlos; pero ello no impide que su contenido resulte venenoso o dañino como un puñal buído. Entonces sentimos lo mismo que al relacionarnos con una persona de atrayente presencia y de palabra exquisita, harto distante de la verdad y de la grandeza verdadera del ánimo.

Libros hay, como tantas personas, cuya compañía de una hora destruye en nosotros la bondad atesorada con grande esfuerzo durante largos años. Conversar con tales libros equivale a discurrir con personas inferiores y torpes.

La mudez de los libros nos debiera de recordar siempre la mudez de los sabios, que apenas responden cuando se les pregunta, y esto con mucha prudencia y medida. Hay una elocuencia inmensa oculta en el silencio de los volúmenes de las bibliotecas; pero esa elo-

cuencia siempre está lista a colmar nuestros oídos con sus vastas lecciones.

Hay libros de osada apariencia y de audaz fisonomía, que pretenden avasallar nuestro espíritu con su ropaje y galanura. Las gentes ordinarias creen hallar en ellos un infinito de ideas y un rico horizonte de sentimientos generosos. Pero bien sabemos que no siempre el peso de un libro da idea exacta del peso de las ideas recogidas en él, del mismo modo que en la sociedad humana hay individuos cuya vanidad ocupa el sitio propio del mérito verdadero.

Libros hay que nos hacen soñar con estrofas nobles y puras, que nos levantan como si fuesen dos alas poderosas, y nos llevan más allá del mundo visible y de las cosas mortales. Cuando nosotros conversamos con personas de intelligen-

cia superior y de alma buena, sus palabras nos orientan y enorgullecen, nos hacen ver mejor el mundo y más gratas la bondad y la fe.

Hay libros que hacen siervos como los antiguos tiranos, y libros que liberan como los guerreros de la grande historia del mundo.

En fin, hay libros y personas con quienes desearíamos estar en contacto durante la vida, pues siempre nos atraen y enriquecen. Otros hay admisibles apenas por breves momentos. Hay libros que colman de caudales a quien los lee, como un gran señor que distribuye sus dádivas mejores, en tanto que otros hacen míseros y viles a quienes los guardan. No faltan libros insustanciales y tontos. Pero, por fortuna, son muchos los que tienen para nosotros palabras de paz, de verdad, de ilusión y de ensueño.